

EN EL ÁLBUM

de la

SEÑORA ANA ORRANTIA DE FRANCISCO

Cuando esté ausente y en peligro acaso
De no volver jamás á verte aquí,
Mira estas líneas que escribí de paso,
Y manda al cielo una oración por mí.

Presto voy á partir... no sé qué suerte
Me persiga ó proteja, no lo sé;
¡Ay! ofréceme al menos que en la muerte
Ante Dios con tu auxilio contaré.

¡Adiós! quizá jamás sobre la tierra
Tendré por qué escribirte otro renglón;
¡Ruega, ruega por mí! Tal vez se encierra
Mi porvenir entero en tu oración.

Dios acoge la súplica inocente
Con que el bueno defiende al pecador,
Y si ruegas por mí cuando esté ausente,
Me mirará con lástima el Señor.

Setiembre 19 de 1859.

POESÍAS POLÍTICAS

ESCENAS DEMOCRÁTICAS

FRAGMENTO

¡Musa! tú que insultaron tantas veces
Al son de su vihuela destemplada,
Con el nombre de cítara invocada,
Los rimadores torpes y soeces,
No vengas : yo no quiero inspiraciones
Por más de tres millares de razones.

Ἄνδρα μὴ μοι ἔνεπε

Πολύτροπον, ὅς πλάγχθη μάλα πολλὰ,

No siendo dable que á la altura trepe
Do la Musa de Homero alumbra sola.
Nec « mihi causas memōra »,
Que para mí infeliz ese aparato,
Molesta el verso, sirvele de rémora,
Y yo le huyo cual ratón al gato.

Fuera de eso, es sabido
Que es defecto de gente sin oído
Empezar levantando un grande estrépito
Y hacer que el Numen pierda la chabeta,
Que ya al sexto renglón está decrépito,
Gotoso, y manco, y tuerto, y con muleta.
No; no quiero pasar por inspirado,
Ni remontar el vuelo

Hasta el septeno cielo
 Para caerme lánguido, cansado
 Y revolcarme en el inmundo suelo.
 Deja, pues, Musa, tu furor divino
 Para el hombre de genio;
 Espera á que algo escriba don Eugenio
 Y del Parnaso enséñale el camino.
 Á mí no, pobre hombre,
 Sin misión y sin nombre;
 Á mí déjame solo,
 Yo no quiero cuestiones con Apolo.
 Porque, Musa maldita,
 No soy yo tu criatura favorita;
 Y aunque cante un infierno, no lo cojo
 « Nel mezzo del camin di nostra vita »,
 Porque mi infierno es un infierno rojo,
 Y para verlo no hay que andar errante
 Por diversas regiones, como el Dante,
 Mi débil voz se aflige y desentona
 Si de los lindes de mi pueblo paso,
 Y por eso no invoco, como el Tasso,
 Á aquella que blasona,
 « E ha di stelle immortali aurea corona. . . . »
 ¡Perdón, si yo profano
 El numen sobrehumano,
 Dejando que mi pluma dé al acaso
 Con Homero, con Dante y con el Tasso!

¡ Oh Tasso! ¡oh Dante! ¡ytú, patriarca Homero!
 ¡Tú, Virgilio divino!
 Que marcáis el sendero
 Del espíritu humano y su destino.

Pirámides inmóviles, cuyas frentes
 Respeta el tiempo en su impotencia vana;
 Bellos faros ardientes
 En el camino de la historia humana;
 Destello acaso de mejor esencia,
 Que sigue y brilla cuando el cuerpo ha muerto,
 Y anima nuestra pobre inteligencia
 Como anima la brisa del desierto
 Los restos de la triste caravana. . . .
 ¡ Vosotros si sois grandes! ¡ Han caído
 Reyes y reinos en eterno olvido;
 El ciego vate, en tanto, el pordiosero
 Deja en sus versos perdurable gloria,
 Y si á Troya recuérdase en la Historia
 Es que ese nombre vive en el de Homero!
 Camoens y Cervantes,
 Aquellos dos gigantes
 Que tuvieron al mundo de enemigo,
 Que ignorados pasaron
 Y apenas encontraron
 Para morir, el lecho del mendigo,
 Eternos brillarán, mientras los reyes
 Que en medio de oro y púrpura vivían
 Dictando sus caprichos como leyes
 ¡Ay! ¡ apenas se sabe que existían!
 Y si la Fama con su negra mano
 De Ferrara nos muestra el carcelero,
 Es que ése tuvo al genio prisionero,
 Es que el Tasso señala á su tirano.
 ¡ Oh Dios! ¿ será que hay algo de tu esencia
 Del genio en la inmortal inteligencia?
 ¿ Por qué no han arrastrado

Los siglos en su flujo omnipotente
 Esos colosos cuya eterna frente
 Surge y domina el mar de lo pasado?
 Si no ardiese la llama
 De la inmortalidad en esos pechos,
 ¡Oh! ¿Por qué cortejaran á la Fama
 Con sus virtuosos, con sus grandes hechos,
 Sufriendo desnudez, hambre, sarcasmo,
 Y sin más protector que su entusiasmo?
 — Es que allende la tumba ven un cielo,
 Un Dios, y una corona de consuelo. . . .

¡Toma! ¡me iba tocando ya mi turno!
 Así soy yo, me arrastra un nombre mágico,
 Y sin saberlo asumo el tono trágico,
 Pero me da en los callos el coturno.
 ¡Pobre de mí! no hay miedo que me venga,
 Ni á quien canillas tan endebles tenga.
 Quizás si Alaix, ó Andrade, ó don Eugenio
 Me dieran un pequito de su genio,
 Yo con eco profundo
 Haría rodar mis cantos por el mundo. . . .
 Don Francisco Mariano, dame aliento
 Y verás que prorrumpo en el momento :
 « ¡De la toga honorable
 Y el brillante bordado ansia execrable! »
 Ó bien, por vida mía,
 Escribiré, á tu ejemplo, una elegía
 En que tan eficaz me inspire el cielo
 Y tal sea el consuelo
 Para el doliente cuyo mal deploro,
 Que más se ría mientras más yo lloro ;

Y acaso ¡oh gran fortuna! sucediera
 Que de miedo al cantor nadie muriera.
 Pero no ; yo me espanto,
 Mi voz no alcanza á tanto ;
 Mi voz alcanza apenas
 Á llorar democráticas escenas.

Canto á los tontos : ahí tenéis el lema ;
 Debe ser, pues, la sátira mi tema.
 No os alarméis, ilustre gentecita
 Que entre chicha y zurronez educada.
 Gobernáis con suave manecita
 Á la Nueva Granada ;
 No os alarméis, os digo
 (Y os hablo como amigo)
 Porque tomo la pluma para haceros
 Ver cuales sois, cumplidos caballeros.
 (Digo así, porque nadie me creyera
 Que no tenéis caballo en pesebrera.)

Dios saca en ocasiones
 De entre rugientes fieras
 Y pintadas panteras
 Y gallardos leones,
 Á lucir los insectos que decora
 Con las tintas del sol y de la aurora,
 Haciéndolos objeto de profunda
 Admiración, tan sólo por la funda.
 En esto los poetas le imitamos :
 También nos ocupamos
 En sacar á los bichos sociales

De entre la muchedumbre de mortales
 Y dárselos al público, de suerte
 Que de verlos tan lindos se divierte.
 Entre el hombre y su Dios hay infinita
 Distancia — ya lo sé; pero ¿ eso quita
 Que yo cante al perinclito Casiano,
 Á Crispin el doctor ó al lindo Enano?
 No : si hay trecho entre el hombre y el Perfecto,
 Más hay entre estos bichos y el insecto.
 Si Dios piensa en el piojo y en la oruga,
 Si da carey á la infeliz tortuga
 Y á la carcoma habitación y vida;
 Si al traidor escorpión protege y cuida;
 Si desde su celeste inmenso asiento
 La dicha les reparte y el sustento
 Y glorifica así su santo nombre,
 ¡Oh! qué mucho que el hombre
 Deje su puesto para hacerles nichos
 Á Crispin, á Casiano, y á otros bichos
 Que son en Popayán la mejor muestra
 De la sabia política
 Que la mano raquítica
 Del Gobierno doquiera nos demuestra?
 ¡Vamos, pues, adelante!
 Desátese la lengua,
 Ya que en ello no hay mengua;
 Sea fluido el verso y elegante.
 Conque así, bichos, ¡ea!
 Que vuestra imprenta preparada sea
 Para romper el fuego contestando;
 Que si, cuando aguantando
 Me he estado, y bien quedito

Vuestro insectil piquito
 Que se ha cebado con eterna charla
 En mi tez limpia sin poder mancharla,
 Tanto me habéis, cobardes, molestado,
 ¿Qué será ahora que os presento el lado?
 Seré yo, cual decís, un vano, un necio;
 Pero así, necio y vano, yo os desprecio.
 Si sabéis, pues, leer, fijad un tanto
 La atención en mi canto,
 Que celebra las inclitas hazañas
 Y las arteras mañas
 Con que hace de su infancia justo alarde
 Vuestro club democrático y cobarde.

Era de noche; por supuesto estaba
 La calle de Agustín, casi desierta,
 Y la pálida luz que se escapaba
 De una puerta entreabierta
 Dibujaba en los húmedos ladrillos
 De la vecina acera
 Los largos paralelos barrotillos
 Que llaman reja y cierran la huronera
 Que oculta de inmundicias una mina,
 Y es de un doctor la alcoba y la cocina.
 Era la luz de una expirante vela
 En la rendija de un cajón metida,
 Que negra y derretida
 Apenas se consuela
 Cuando el Doctor de la pavesa esquiva
 El blando extremo toca
 Con los dedos untados de saliva,

Que se vuelve quemados á la boca,
Limpiándolos después de la pavesa
En el pobre cajón que hace de mesa.
Sobre la misma puerta suspendido
De un lazo que termina en varias roscas
Parte de un toro, ayer no más temido,
Visitado hoy por importunas moscas
(Que tal es del valor la dura suerte;
¡Tan tristes los efectos de la muerte!)
En lo interior ocupan las covachas
Las libres y despierdas cucarachas.

.

(Hace luego el poeta descripción de los tertulios que van entrando, á junta democrática, en la tienda del Doctor, y sigue un largo diálogo que entre ellos se entabla, encaminado á maldecir de los ricos y á tramar un plan de revuelta comunista. Uno de los concurrentes prorrumpie en esta declamación:)

¿Por qué soy pobre yo? ¿Por qué me insulta
El rico, hasta al pasar por su ventana?
La vista de su hermosa porcelana
Su dicha aumenta, mi desgracia abulta.
Sus muebles lujosísimos, y aquellos
Papeles mil diversos y dorados,
Sus salones de púrpura alfombrados
Con tapices magníficos y bellos,
Todo me grita al alma, y le maldigo. . .
¡Malditos seáis, rico y tu riqueza!
¡Maldita sea mi infeliz pobreza!
¡Rico! ¡yo soy y he sido tu enemigo!

¡Tu enemigo mortal, constante, eterno!
Me quejo de tu Dios y de tu suerte:
¡Tú tienes propiedad, yo tengo muerte!
¡Tú tienes oro y plata, y yo . . . un puñal!
Tu oro te da poder, y mi pobreza
Me da ciento y mil pobres por hermanos;
Me da ciento y mil brazos y mil manos,
Y en cada uno tienes tú un rival.

Tú en tu lecho de flores adormido;
Yo de tu sangre, en mi rincón, sediento;
Tú con la religión por instrumento,
Y yo con la igualdad por religión.
Tú *conservando* á nombre de la Patria
Las leyes que ha gozar te dan derecho;
Yo concitando al pueblo, en mi despecho,
Contra tu propiedad, que es mi baldón.

La Patria, el Pueblo, Dios — ¡todo es mentira!
Invención vuestra, ricos opresores,
Para soñar gozándoos entre flores,
Mientras yo vivo sin gozar así.
No hay más Patria en el mundo que yo mismo,
Ni Dios, ni Pueblo, ni Virtud, ni nada . . .
¡Yo y mi venganza! ésta es mi fe jurada;
El universo lo resumo en mí.

Yo tengo orgullo, porque sé que valgo
Mil veces más que todos esos ricos;
Yo sé francés, y yo he nacido hidalgo,
Y desprecio á ese atajo de borricos;
Y los detesto porque son la sombra

Que vela el esplendor de mi carrera.
 ¡Maldito sea el rico, y quien le nombra,
 Su Patria y su virtud! ¡Que todo muera! . . .

¡Oh querido Casiano!
 Si yo tuviera plata
 Yo fuera aristocrata,
 Y déspota y tirano;
 Pero así, pobre, ni vivir ya quiero . . .
 ¡Oh! para mí el dinero
 Es de goces la fuente; es el supremo
 Bien de que habla el filósofo: ¡un tesoro!
 ¡Es todo lo que amo y lo que temo,
 Es todo lo que temo y lo que adoro!
 ¡Oh! ¡Yo codicio, y amo, y busco el oro!
 ¡Oro! ¡por oro sólo me desvelo,
 Y nada más, teniendo el oro, anhelo.
 Mi vergüenza, mi honor y mi decoro,
 Piérdase todo si me queda el oro! . . .
 ¡Todo lo compras, Oro, hasta la fama!
 ¡Oro, tú eres la fuente de placeres,
 Que á tu brillo se rinden las mujeres!
 ¡Oro! ¡metal divino!
 ¡Tú eres mi religión! En este siglo
 El pobre es un vestiglo
 Y al rico se sujeta hasta el Destino.
 Casiano, no hay remedio:
 Busquemos oro y plata,
 Riqueza en fin, que nada importa el medio . . .
 ¡Mira! yo me volviera hasta pirata:
 Corra sangre, haya guerra, muera el hombre:
 Mueran hermanos, padres y parientes,

Degüéllense las gentes;
 ¿Eso qué importa á nuestra vida y nombre?
 ¡Entre mares de sangre navegara,
 Siempre que del estrago y la ruina
 Á mi vista surgiera inmensa mina
 Donde mi sed de oro se saciara!

(Siguen otros discursos, más ó menos enfáticos, de los demás
 tertulianos. Uno de ellos propone que se atraiga traidoramente á
 algunos ricos invitándolos á un banquete, y luego —)

Quando el licor y el entusiasmo muevan
 Sus corazones pérfidos y viles,
 Cuando los brindis, que serán á miles,
 Hagan que todos á lidiar se atrevan;
 Cuando pierdan el juicio
 Será el instante próspero y propicio.
 Un desorden entonces causaremos
 Entre esas viles y cobardes gentes,
 Y ya que en el desorden los dejemos
 Dos de nuestros agentes
 Seguros en la turba y como á solas
 Dispararán á salvo sus pistolas.
 Morirán dos, y luego gritaremos:
 « ¡Revolución! ¡Revolución! » Nosotros
 Entre tanto estaremos preparados
 Y todos bien armados,
 Y caeremos así sobre los otros
 Derramando su sangre por doquiera,
 « ¡Traición! ¡Traición! » gritando, y ¡ « Muera!
 ¡ Muera! »

¡Inermes ellos, sin defensa alguna,
Nuestras serán la fuerza y la fortuna!

.

Al otro día aconteció la escena
Preparada en la infame camarilla
Que Dios maldice y la moral condena;
Mas frustrósele el plan á la gavilla.
Halla un escollo el crimen cuando embiste
En la virtud, que impávida y serena
Sin atacar, al invasor resiste,
Salva la paz y sus mandatos llena,
Desviando sólo el golpe del tirano
Y al malhechor dejando salvo y sano.
Y así le sucedió; porque prudente
El pueblo impidió el crimen solamente.
Y sin embargo el malhechor resuelto
Fué por los rojos protegido, absuelto;
Que todo criminal entre los rojos
Es contemplado con amigos ojos,
De la virtud y del saber tiranos,
En la maldad y en el delito hermanos.
Quien cometa una muerte ó un despojo
Ése es un héroe en el partido rojo,
Y tiene pasaporte
Para matar, robar cuanto le importe.
Tales son ¡infeliz Nueva-Granada!
Los entes que dirigen tu destino:
Hombres sin fe, sin probidad, sin tino,
Que han de arrojarte al fin desesperada
Al insondable aterrador abismo
Que llaman Despotismo. . . .

¡Oh! más bien se padece y se tolera
La muerte pronta que nos da la fiera
Que el picar fastidioso é imperfecto
Con que hiera á su víctima el insecto;
Es menos duro dar nuestra garganta
Á un noble César, que tener por dueños
Á estos entes crueles y pequeños
¡Ah! cuya misma pequeñez espanta, —
Cuya alma vil la ocupa, la domina
Un ternero — una oveja — una gallina —
Que al ver á un campesino con un queso,
Ya la envidia los mata,
Y la cuestión se trata
Como la paz de Europa en un Congreso.

¡Oh! ¡yo perdono al tigre sanguinario!
¡Oh! ¡yo perdono al monstruo de Tiberio!
Perdono á Sila, á César y aun á Mario,
Esos tiranos del inmenso imperio;
En su crueldad al menos hay grandeza,
Ambición en sus almas varoniles;
Mas no perdono á vuestros rojos viles
Porque jamás perdono la vileza.
Más bien sufro la muerte de Tiberio
Que la multa que arranca vuestro alcalde.
¡Matad! matad más bien — y va de serio —
Pero ya que matéis, matad de balde.
¡Y VED! NO ME ASECHÉIS EN LOS CAMINOS
CON OCULTOS Y VILES ASESINOS;
LA BALA QUE DE FRENTE ME SEÑALA
MATA TAN BIEN COMO CUALQUIERA BALA.
¿Por qué asecháis á nadie? — Ése es insulto,

Ésa es inmerecida desconfianza ;
 ¿No entra el gobierno, pues, en la venganza ?
 Pues *antes* de matar pedidle indulto,
 Y después sí, con rostro descubierto,
 Si alguno va á prenderos, decid : « No ;
 Ya el Supremo Gobierno me indultó ;
 No me podéis prender por *este* muerto. »
 Así, ya veis, no hay cárcel ni proceso,
 Y en cuanto á vuestro honor ¿qué os va con eso ?

Pitt, el bretón famoso,
 El genio verdadero
 Que amó á su patria más que al mundo entero ;
 Pitt, cuya firme y rara inteligencia
 Desplomar pudo al inmortal coloso
 Cuyo poder espanta,
 Que humilló los imperios con su planta ;
 Ese Pitt, cuya mente
 Lo invadió todo con su rayo ardiente,
 Vió lo pasado, dominó el futuro,
 Y con brazo seguro
 Echó el firme cimientó
 Do posa de Britania el reino vasto
 Y es de su hombre de Estado el monumento.
 Y Pitt, que hizo del mundo su juguete,
 Pitt, el Napoleón del gabinete,
 En cada inglés veía
 Un objeto querido, cuya vida
 Y dicha y propiedad, siempre sagradas,
 Estaban á la Patria vinculadas.
 Porque el hombre de Estado es imposible :
 No conoce la ira ;

Para él no hay envidia, no hay venganza ;
 La grandeza del robo, ésa es su mira,
 Ese el objeto y fin de su esperanza.

Mas vosotros estúpidos y viles,
 Instrumentos serviles
 De un amo más mezquino todavía,
 Pretendéis gobernar á un pueblo grande
 Haciendo que sus órdenes le mande,
 Escritas entre *múcuras* de chicha
 Y fétido tasajo,
 Un ente vil y bajo
 Que, cuando mucho, á hacer una salchicha
 Pudo aprender allá en su pulpería.
 Y entre ajos y cebollas
 Y fermentadas ollas
 Vuestro gallardo y noble pensamiento
 Con tan buen alimento
 Los cuartillos les cuenta á los vecinos
 Como cuenta cartuchos de cominos ;
 Y en toda su vileza
 Juzga que cien cuartillos son riqueza,
 Y os lleva sólo á destruir ufanos
 Esos cuartillos que llamáis *tiranos*.
 ¡ Oh ! ¡ tales son los hombres que á mi patria
 Gobiernan ! Mejor fuera que los gatos
 Nos mandaran, que tales mentecatos.
 Pero en fin, no hay remedio,
 Hombres de Estado hay de á real y medio.
 ¡ Feliz hallazgo ! ¡ rara inteligencia !
 ¡ Á López gloria ! ¡ á Popayán . . . paciencia !

Para ser albañil, sastre ó herrero,
 Ó simple carpintero,
 El honrado artesano
 Ejercita su mano,
 Ni se atreve á coger el instrumento
 De su arte ó de su oficio
 Mientras no haya probado su talento
 Con laboriosos años de ejercicio.
 Un pedazo de acero ó de madera,
 Un corte vil y mísero de paño
 Se acata y considera,
 Ni hay que temer que se le infiera daño.
 Pero la patria, la nación entera,
 Si se entrega sin cuenta al ignorante,
 Que no sabe siquiera
 Lo que es el hombre, y sin embargo ostenta
 Sobre él su autoridad torpe y pedante.
 La papa en la cocina sazónada
 Tiene su garantía;
 Mas la Nueva Granada,
 La hermosa patria mía,
 Entréganla sin fianza á esos doctores,
 Eternos charladores
 Que no saben siquiera ortografía.
 Cuando una droga nueva
 Descubre el profesor de medicina,
 Sus efectos solícito examina,
 La prueba y la reprueba,
 Y antes de abandonarla á la farmacia,
 Tienta en gatos y perros su eficacia.
 Y ni del gato mísero la vida
 El profesor descuida,

Que el médico prepara, siendo bueno,
 Allá el veneno, acá el contraveneno.
 Sin embargo Murillo y sus secuaces
 Mudan de la nación todas las faces;
 Descentralizan rentas en un rato,
 Y hacen con esta pobre patria mía
 Lo que el último médico no haría
 Al probar sus remedios en un gato :
 ¡ Tan grande es la arrogancia
 Con que obra improvisora la ignorancia !

Allá en Britania, tierra de los sabios,
 Cada partido tiene en su registro
 Apenas *uno* para ser Ministro ;
 Y aquel *uno* ha vivido
 Por luengos años estudiando al hombre,
 Y canas le han nacido
 Para adquirir y merecer su nombre.
 Pero aquí, patria mía,
 Se encuentra un Peel en cada pulpería.
 Para todo es preciso que la gente
 Aprenda entre nosotros,
 Aun para torear y amansar potros,
 Menos para ministro ó presidente.

Aquel de Roma pérfido tirano
 Cuya maldad nos transmitió la fama,
 Al ver surgir la devorante llama
 Que en Roma abrasa el porvenir romano,
 Canta, y al son de su discordia lira
 El fin de Troya en el de Roma admira.
 Pero Nerón, Nerón, el asesino,

No forjaba ridículos sumarios
 El perjurio comprando á presidiarios
 Sin razón, y sin cálculo, y sin tino ;
 Porque Nerón, tan bajo y vil como era,
 Había aprendido á asesinar siquiera.
 Mas vosotros, señores soberanos,
 ¡ Oh ! no servís ni para ser tiranos.
 Vuestro mísero agente turba el sueño,
 Grita, miente, chismea,
 Siempre vil, siempre tímido y pequeño ;
 Y aunque el mal le deleita y le recrea,
 Va, viene, vuelve, zumba, y se está mudo,
 Molesta sin matar, como el zancudo.
 Yo no os hago el honor de aborreceros,
 Porque no gasto mi odio en mantequeros.
 Vuestra gente de á medio, *vuestra gente*
 Me huele á chicha y cárcel y aguardiente ;
 Yo la viera con risa
 Si no corriese riesgo mi camisa.
 Mas ¿ qué queréis ? La industria estremecida
 Relucha en vano por salvar la vida,
 Y agonizante, y sola, y despreciada,
 Aquí corre, allá vuelve noche y día
 Sin que halle protección en su agonía...
 — Yo soy juez, tú ladrón ; cuenta conmigo.
 — Señor, sólo dos reales he robado
 Á este conservador, que es tu enemigo.
 — Pues vamos al partir... ¡ pero al contado !
 Venga mi real. — ¡ Corriente ! — ¡ Buen provecho !
 Siga usted ejerciendo su derecho ;
 Yo soy juez del partido dominante ;
 Todo ladrón me paga, y ¡ adelante ! —

¡ Oh escándalo inaudito !
 ¡ El delito que *paga* no es delito !...
 Pero á vosotros, seres degradados,
 Entre chicha y cebollas educados,
 Todo eso ¿ qué os importa ?
 Llenad vuestros bolsillos,
 Daos, pues, prisa, que la vida es corta,
 Y en la historia no hay foja para pillos.
 ¡ La gloria ! ¿ Y vos sabéis qué cosa es gloria ?
 ¡ La conciencia ! ¿ Creéis en la conciencia ?
 ¡ Oh de la sociedad indigna escoria !
 ¡ Que os hablase de honor fuera demencia !
 Ni hay orador, ni hay nadie que convenza
 Á quien ni honor conoce ni vergüenza.
 Seguid, pues, vuestra marcha ; yo entre tanto
 Me voy á descansar ; cese mi canto.

(MISÓFORO, N.º 2, 18 de julio de 1850.)